

Esta persecución también se describe en términos de descenso, de atracción y de profundidad:

Así descendimos hasta Leandro Alem y, después de atravesar la avenida, nos encaminamos hacia la zona del puerto. (...) la misma tendencia que nos induce a asomarnos a un *abismo*, me conducía en pos del ciego y cada vez con mayor determinación. Así, ya casi corriendo (lo que hubiera resultado grotesco de no ser tenebroso), se podía ver a un individuo de bastón blanco y con el bolsillo lleno de ballenitas, perseguido silenciosa pero frenéticamente por otro individuo. (pág. 191, cap. II)

En ese recorrido nocturno, Fernando Vidal está dando los primeros pasos por el laberinto de los ciegos, persecución de un individuo por otro individuo en un fragmento de ambiente borgeano. Esa persecución confusa comienza con los viajes innecesarios en el metro entre las estaciones Plaza Mayo y Palermo, realizados para no levantar las sospechas del ciego, y continúa con el complicado trayecto que empieza en la calle San Martín, pasando por la calle Cangallo, el Bajo, el barrio de los Bancos, el «descenso» hasta Leandro Alem hacia la zona portuaria, y de nuevo el cambio hacia el norte por Bouchard y luego, una vez más hacia la derecha, hacia la zona del puerto. El seguimiento del ciego es también una primera prueba que el héroe debe salvar para poder introducirse en esa fortaleza misteriosa y oculta. Son los primeros movimientos, un poco desorientados, de ese viaje hacia el mal. Durante todo el viaje, que en general sigue un trayecto descendente, se da una constante oposición de términos que ponen de manifiesto esa dualidad en la que creía firmemente Sábato. Si por un lado se oponen descenso y ascenso como dos posibles direcciones de una misma línea vertical, también se oponen luz y oscuridad, visión y ceguera, consciente e inconsciente, instintos y represión, civilización y barbarie... La misma realidad presenta dos caras, el mundo se puede dividir en sus dos aspectos: arriba y abajo, Dios en el cielo y la Secta en la tierra.

La misma ciudad de Buenos Aires, espacio topográfico en el que se ambienta el «Informe» presenta dos caras: la intensa actividad del día, los movimientos monetarios, la realidad de la civilización, del trabajo y de la lógica, y la irrealidad de la noche, la inactividad y la aniquilación que esa civilización y ese progreso causan en los seres vivos.

(...) esos barrios, al quedar despojados de la frenética muchedumbre de creyentes, en horas de la noche quedan más desiertos de gente que ningún otro, pues allí nadie vive de noche, ni podría vivir, en virtud del silencio que domina y de la tremenda soledad de los gigantescos halls de los templos y de los grandes sótanos donde se guardan los increíbles tesoros. Mientras duermen ansiosamente, con píldoras y drogas, perseguidos por pesadillas de desastres financieros, los poderosos hombres que controlan esa magia. Y también por la obvia razón de que en esos barrios no hay alimentos, no hay

nada que permita la vida permanente de seres humanos, o siquiera de ratas o cucarachas; por la extremada limpieza que existe en esos reductos de la nada, donde todo es simbólico y a lo más papeloso; y aun esos papeles, aunque podrían representar cierto alimento para polillas y otros bichos pequeños, son guardados en formidables recintos de acero, invulnerables a cualquier raza de seres vivientes. (pág. 190, cap. II)

Estos dos planos de existencia, estas dos realidades responden también a los dos lados junguianos —claro y oscuro— con los que el autor coincide de nuevo: «El hombre es un ser dual, trágicamente dual, y lo grave, lo estúpido es que desde Sócrates se ha querido proscribir su lado oscuro. Los filósofos de la ilustración sacaron la inconsciencia a patadas por la puerta. Y se les metió de vuelta por la ventana. Esas potencias son invencibles».¹³

Esta misma dualidad es la que motiva la angustia del personaje y su sentimiento contradictorio de la fatalidad; al tiempo que voluntariamente se acerca al mundo de los ciegos y a su propio interior, siente pánico y rechazo por lo que va a encontrar allí. La dualidad se acentúa y las dos fuerzas que actúan sobre él —el impulso interior y la imposición exterior— hacen que el viaje, en lugar de ser una búsqueda se convierta en una huida. Es lo que ocurre con la parte del «Informe» que se refiere al viaje a París, motivado por las sospechas que tiene el protagonista de haber sido descubierto por el ciego del subterráneo. Los sucesos allí ocurridos serán recordados después durante su encierro en la habitación vigilada por la ciega: la crónica de Castel, asesinato del ciego Allende; el episodio del pintor Domínguez y su modelo la ciega Louise; la anécdota de Victor Brauner, pintor cegado por Domínguez «casualmente» después de que él se autorretratara cegado de un ojo, etc. La alusión al viaje a París, viaje que realmente realizó Sábato en la década de los años 30, pone en relación los acontecimientos del «Informe» con las ideas del surrealismo y con el azar objetivo, según el cual existe un orden causal más allá de lo que suponemos como simple casualidad. Ese deseo surrealista o dadaísta del automatismo, del surgimiento del semiinconsciente, se relaciona con el deseo de eliminar la lógica relajando la consciencia. En estos mismos años se traducían al francés algunas obras de Jung y se divulgaba su concepción del inconsciente que fortalecía las ideas surrealistas. En este sentido también existe relación con el proceso de Fernando Vidal, ya que su progresiva incursión en el mundo del sueño, supone un progresivo abandono del mundo de la vigilia. Al igual que los surrealistas, Fernando Vidal está intentando reconstruir al hombre real, el original, al margen de toda civilización, conceptos que constantemente se están enfrentando en la novela. Su huida hacia París es también una huida de la civilización, un intento de retroceso en el tiempo que le lleva desde Montevideo a París y Roma, pasando por Egipto y China, para llegar a

¹³ Ernesto Sábato, *Abaddon, el exterminador*, Buenos Aires, Sudamericana, 1977, (7ª Ed.), pág. 285.

San Francisco y volver a Buenos Aires. Pero todo intento es inútil porque el hombre está fatalmente destinado a sí mismo y es imposible que escape a su propio mal.

3. *La escisión de la realidad: la sombra, el barco a la deriva y el territorio devastado*

La dualidad del «Informe» también concierne a Fernando Vidal. Para que pueda llegar al lugar que persigue es necesario que las dos caras que le conforman se separen, que se niegue el lado consciente, que desaparezca su vida real y todo lo que forma parte de esa dimensión. El proceso de separación o de disgregación del personaje entre el plano de la realidad y el de la irrealidad, se va produciendo de manera paulatina y está reflejado en el texto en algunos fragmentos que sirven como introducción a ese nuevo estado de conciencia.

El primero de estos acontecimientos es el sueño de la infancia en el que un muchacho contempla la sombra que proyecta una pared sobre el suelo.

Hay un sueño que se me repetía mucho en mi infancia: veía un chico (y ese chico, hecho curioso, era yo mismo, y me veía y observaba como si fuera otro) que jugaba en silencio a un juego que yo no alcanzaba a entender. Lo observaba con cuidado, tratando de penetrar el sentido de sus gestos, de sus miradas, de palabras que murmuraba. Y de pronto, mirándome gravemente, me decía: observo la sombra de esta pared en el suelo, y si esa sombra llega a moverse no sé lo que puede pasar... Hasta que la sombra empezaba a moverse lenta pero perceptiblemente. Me despertaba sudando, gritando. (pág. 196, cap. V)

La pared, realidad usual, sólida, proyecta una sombra, la otra realidad, que se supone inmóvil, muerta y dependiente de la primera. Sin embargo, por medio del sueño, la dimensión oculta se revela como independiente, con vida y movimiento propio. El mundo tangible, la pared y la luz del sol ya no tienen nada que ver con la oscuridad y con la dimensión plana de las sombras.

En términos del propio Jung, y como ya anunciaba más arriba, esa sombra a la que se refiere el protagonista es «ese rostro que nunca mostramos al mundo», ya que «el encuentro consigo mismo es una de las cosas más desagradables»¹⁴. En este sentido, los ciegos son aquellos que se niegan a ver su interior, su propio mal: «man turns a blind eye to the shadow-side of human nature».¹⁵

Más adelante, lo que sólo era un sueño se convertirá en realidad, confirmando así el carácter visionario o premonitor de los sueños.

¹⁴ Arquetipos e inconsciente colectivo, Buenos Aires, Paidós, 1970, pág. 26.

¹⁵ C. G. Jung, «Two essays on Analytical Psychology», en *Collected Works*, Tomo 7, pág. 29.

Tuve de pronto la revelación de que la realidad podía empezar a deformarse si no concentraba toda mi voluntad para mantenerla estable. Temía que el mundo que me rodeaba pudiera empezar en cualquier momento a moverse, a deformarse, primero lenta y luego bruscamente, a disgregarse, a transformarse, a perder todo sentido. Como el chico del sueño concentré toda mi fuerza mirando esa especie de sombra que es la realidad que nos rodea, sombra de alguna estructura o pared que no nos es dado contemplar. Y de pronto, vi, con horror, que la sombra empezaba a moverse y que el viejo sueño empezaba a cumplirse en la realidad. (pág. 197, cap. V)

Esa «sombra» que empieza a moverse es la misma sombra de la pared que separa los dos mundos y que anticipa la existencia de una sombra mayor, lugar profundo, subterráneo e interno, definido nuevamente como «regiones» del espíritu, «regiones» de la raza y «regiones» geológicas, en una regresión que avanza desde lo individual a lo colectivo y desde el momento presente hasta los orígenes del hombre:

(...) grandes *regiones de mi espíritu* empiezan a hincharse (...), avanzan como silenciosos pseudópodos, ciegos y sigilosos, hacia otras *regiones de la raza* y, finalmente, hasta oscuras y antiguas *regiones geológicas*. (pág. 198, cap. V)

Esta ruptura se manifiesta también como un sentimiento de inestabilidad, de tránsito, que en el «Informe» se refleja en las dos comparaciones que el autor incluye en este mismo capítulo. En la primera de ellas Fernando Vidal afirma sentirse como un «barco a la deriva», barco separado en distintos trozos que necesitan volver a unirse.

Sentí una especie de vértigo, perdí el sentido y me hundí en un caos, pero al fin logré *salir a flote* con enorme esfuerzo y empecé a atar los trozos de realidad que parecían querer irse a la deriva. Una especie de ancla. Eso es: como si me viese obligado a anclar la realidad, pero como si el barco estuviese compuesto de muchos pedazos separables y fuese necesario primero atarlos a todos y luego largar una formidable ancla para que el todo no fuese a *la deriva*. (pág. 197, cap. V)

Esta disgregación, esta mezcla de dimensiones, no sólo es «experimentada» por Fernando Vidal, sino que es él mismo quien empieza a fraccionarse en conceptos como identidad, Yo, voluntad, pertenecientes al mundo consciente. El léxico, de nuevo, nos señala ese sistema de oposiciones que se repiten. Frente a ese abismo, el protagonista siente vértigo y se «hunde», pero vuelve a «salir a flote». La resistencia, la lucha por seguir aferrado a sus antiguas estructuras, se manifiesta en esa sensación de falta de soporte o de firmeza en la que todo empieza a tambalearse.

La segunda comparación es la que presenta al protagonista como un «territorio devastado»:

(...) como si yo fuera un *territorio devastado* por un terremoto, con grandes *grietas*, y con los hilos telefónicos cortados. Y en esos casos, todo puede suceder: no hay policía, no hay ejército. (pág. 199, cap. V)